

Actualmente, en los Estados Unidos, algunos grupos sectarios ultraderechistas y la Iglesia Católica están luchando por lograr que el aborto sea nuevamente penalizado por las leyes. En esta lucha nadie ganará. Ni la Iglesia, ni las mujeres norteamericanas, ni el mundo.

La jerarquía eclesiástica no puede ganar. Tal vez logre cambiar ciertas leyes, o aun tenga éxito respecto a hacer del aborto un acto ilegal. Pero al final la Iglesia perderá el control sobre muchas mujeres católicas, y quizá sobre muchos hombres y clérigos menores. Lo perderá, porque la evidencia existente apoya la hipótesis de que los anticonceptivos y el aborto son costumbres ampliamente aceptadas. La Iglesia desea cambiar lo que no es posible cambiar, porque ninguna ley puede cambiar lo que las costumbres aceptan ya como correcto.

Finalmente, el resultado de dichas leyes criminales provocará un aumento trágico de la mortalidad femenina. Las

mujeres ricas tienen dinero suficiente para tener un aborto en una clínica en condiciones higiénicas y seguras; ellas abortarán en los Estados Unidos de la misma manera que lo hacían antes de la liberalización de las leyes, y de la misma manera que lo hacen en otros países. Sin embargo, muchas mujeres, las pobres, estarán a merced de médicos que traen muerte y mutilación.

El tratar de resolver el dilema de la Iglesia por medio de la imposición de leyes criminales seculares creará un conflicto aun mayor. Ninguna ley civil puede resolver una contradicción que pide un cambio interno profundo en la Iglesia Católica. Sin embargo, todo parece indicar que habrá un largo período antes de que el Papa y la jerarquía busquen una nueva solución al dilema y desistan de una lucha en contra de su propia gente, de su Iglesia. Mientras tanto, el movimiento antiabortista en los Estados Unidos generará sufrimiento para muchas mujeres y grandes conflictos seculares y religiosos. *fm*

MUJERES POBLANAS EXIGEN UN ALTO A LA REPRESION

El Taller de Antropología de la Mujer, de la Universidad Autónoma de Puebla, informó que en días pasados fue detenido un grupo de médicos bajo la acusación de practicar abortos. El hecho se inscribe en la reciente oleada moralizadora impulsada por la actual administración con el beneplácito del sector económico más conservador de la entidad poblana.

La campaña moralizadora se inició con el anuncio del cierre de las cantinas a partir de las seis de la tarde, y prosiguió con la detención masiva y el hostigamiento a prostitutas. Más tarde se echó a andar la "Operación Laurel", cuya táctica consiste en efectuar redadas en los barrios y hoteles de la ciudad, afectando con ello los derechos ciudadanos de miles de personas. Y ahora, como punto climático se llegó a la detención de los médicos, a quienes los medios de comunicación han llamado "infanticidas".

Sin demora, las airadas voces de las buenas conciencias, agrupadas en la Asociación Cívica Mexicana, se sumaron al coto moralizador. En sus abultadas agendas de tómbolas, canastas y marchas cacerolescas, resurgen las ruedas de prensa destinadas a satanizar la práctica del aborto y ejercer presión sobre las autoridades del poder judicial. Aducen que se trata de homicidio premeditado, confiriéndole al feto todas las cualidades del ser humano y reduciendo a la mujer a un simple depósito que guarda "vida".

Los promotores de la campaña fetista circunscriben el aborto al terreno de la moral, desconociendo los alcances sociales de este problema en México. El aborto representa la cuarta causa de mortalidad femenina; las mujeres que lo practican son mayoritariamente casadas, católicas, y madres de varios hijos. El aborto constituye un problema de salud pública; concebirlo como delito orilla a su práctica clandestina, dañando a la mujer

física y psicológicamente, y convirtiéndose en un medio para el lucro.

La moral de los defensores de la vida intrauterina se antoja paradójica sin escudriñar más allá de sus apariencias: muchas mujeres deciden abortar para evitar la sanción social y familiar que les procuraría un hijo habido fuera del matrimonio. Por otro lado, esa misma moral se muestra indiferente ante los millones de niños desnutridos que habitan el planeta: y ante la salud y la calidad de vida de millones de personas que viven en condiciones insalubres, contaminadas, sin servicios básicos.

El protagonismo de las conciencias confesionales es muy conocido en la Angelópolis —afirman las mujeres del Taller de Antropología— éstas son las mismas que denostan el carácter gratuito de la educación, que claman por la reducción del gasto social como medida contra la crisis, que aplauden complacidas el fracaso de las iniciativas reformistas del Estado.

La visión anacrónica del aborto como un problema exclusivamente moral desentona con un Estado laico que consagra, en el Artículo Cuarto Constitucional, el derecho de toda pareja a decidir libremente el número de hijos que desea tener.

Las integrantes del Taller de Antropología de la Mujer aseguran que de ninguna manera defienden el aborto como medio de control natal, sino como un último recurso para impedir el nacimiento de un hijo no deseado sin implicar el riesgo de la salud y la vida. Y hacen un llamado a la discusión sobre este problema, en los diversos foros que existen en nuestro país.

Dos de los médicos detenidos han sido torturados y continúan en prisión. Las poblanas exigen que su caso sea revisado conforme a la ley y en su dimensión social: la represión no puede ser el camino para enfrentar un asunto de salud pública. La instauración de un clima policíaco sólo es un acto más de barbarie, que viene a sumarse a la falta de acceso a la educación sexual, a la inexistencia de anticonceptivos seguros, inofensivos para la salud y gratuitos, y al empobrecimiento creciente de los mexicanos.